

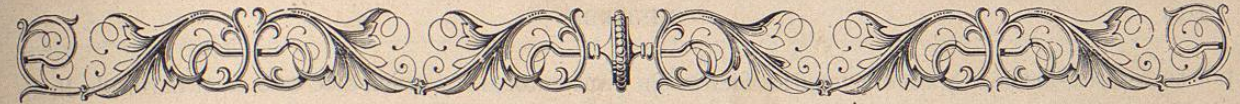
estimó conveniente y justo lo contrario se la ha de censurar? Cúlpese al gobierno si hizo de la Asamblea del clero un cuerpo deliberante, pídase á éste la responsabilidad, pero no se condene lo que estuvo en razón. Brienne es doblemente culpable, pues no solo hizo del clero un cuerpo político, sino que por desconocer completamente el espíritu reinante en la Asamblea fué á buscarse un nuevo enemigo que combatir. En suma, el clero se pronunció, no en pro, sino en contra de los edictos, y esto en términos de suma gravedad. En las dos representaciones al rey que acordó, por cierto bien contradictorias, decía; en la primera:

Que en vista de las circunstancias «y del gran movimiento en las cosas y personas que el rey acababa de operar con sus edictos, sería un crimen el callar, por lo cual estima que el orden y la confianza no renacerán sino se convoca cuanto antes los *Estados generales*, pero dice: «¡Cuán útiles no serían esas Asambleas, si se reunieran periódicamente y á cortos intervalos!» Y como si esto no fuera adelantarse á lo que el rey quería, como si no fuera esto colocarse al frente de los que reclamaban como Lafayette Asambleas anuales ó bianuales, dice del proyecto del rey, esto es, de convocarlas cuando mejor le pareciera, «¡Cuán benéfico no sería su influjo si tal se hiciera, en vez de convocarlas tan solo para participarles grandes males ó para pedirles grandes sacrificios!» Y continúa todavía diciendo: «Sin las Asambleas nacionales el bien del más largo reinado no puede ser más que un bien pasajero: la prosperidad de un imperio descansa sobre una sola cabeza. ¿Qué podemos citar de nues-

tra antigua monarquía? Algunos hombres y algunos años aislados; y, cuando se trata de imperios y de siglos, qué son algunos hombres, qué son algunos años? Los males son grandes, los remedios deben creer serlo más; pues la gloria de V. M. no está en ser *rey de Francia*, sino en ser *rey de los franceses*, pues el mayor de vuestros súbditos es el más hermoso de vuestros dominios.»

Respecto á la cuestión de dinero que es materia de la segunda representación,—15 de Junio,—dice Chérest «que no sin profunda pena se puede leer una exposición en la que el clero, á pesar del déficit, á pesar del progreso general de las ideas, á pesar de la justicia y de la razón, se obstina en conservar el monstruoso privilegio de no contribuir á las cargas del Estado, y en lo que reclama del rey perentorias medidas de protección, análogas á las que, en circunstancias críticas, había arrancado á la debilidad ó á los apuros de sus predecesores. En una palabra, da prueba de que aún en vísperas de 1789, sus egoístas pretensiones son las mismas de antes.

»Pero se dirá, ¿cómo el clero conciliaba tales doctrinas con el restablecimiento de los *Estados generales*? Es que él se los figuraba divididos como antes en tres cámaras, votando por separado, con derecho de veto para cada una de ellas contra las decisiones de los dos otros. En ese sistema, el clero no encontraba solamente una salvaguardia contra el poder absoluto, sino una garantía para sí mismo contra toda especie de reclamación. Aquí está la causa del error que cometió, y del que no tardó en arrepentirse amargamente.»



## CAPITULO XIV

### CONVOCACIÓN DE LOS ESTADOS GENERALES

Apurada situación del obispo.—Resuelve cambiar de política y apoyarse en el Tercer estado.—Cómo ejecuta su plan: discusión.—Actitud de Mirabeau.—Brissot.—Los amigos de los negros.—Mangourit.—Revelaciones.—Suspensión de pagos.—Agitación.—Dimisión del obispo.—Cómo juzga Chérest su gobierno.—Los clubs.—Quienes los establecieron.—Su importancia.—Se llama á Necker.—Necker acepta.—Dimisión de Lamoignon: á que precio se obtuvo.—Que podía hacer Necker.—Porque se convocaron de nuevo á los disueltos Parlamentos.—Retírase el decreto de suspensión de pagos.—Pide Necker la reunión de los *Estados generales* para Enero de 1789.—Actitud del Parlamento.—Sus resoluciones antiliberales.—Si fué obra de una conspiración de la corte.—Su desprestigio.—Dupont.—Comienza la anarquía política.

**A**BANDONADO el arzobispo del clero, de la nobleza y de la magistratura, no le quedaba más que uno de estos dos caminos, ó retirarse del gobierno ó combatir sin tregua á sus enemigos, á los privilegiados.

Pocos ejemplos registra la historia de gobiernos que hayan sabido retirarse á tiempo para gloria suya y provecho de las instituciones públicas. Por un fatal fenómeno de espejismo no se ve más que á sí mismo, se cree ser la nación, y en los elementos de oposición no se reconocen más que discolos ó petulantes, Lomenie, es cierto, no fué víctima de ese fenómeno. No se retiró porque había comprometido á los reyes en una lucha terrible, pues aquel apoyo que el rey había prometido á Turgot y á Calonne que de derecho tal vez le hubieran salvado, sólo había sido fiel al arzobispo que había de perderle. No podía, pues, retirarse sin ser acusado de traición ó de deslealtad. Tomó, pues, por el camino de combatir á sus enemigos, y como para ello sólo podía

apoyarse en el Tercer estado, buscó su fuerza sin reflexionar que los hombres que tan duramente eran tratados desde 1781, habían de pedirle grandes seguridades para no escatimarles su concurso.

Háse discutido mucho este cambio de política que unos afirman y otros niegan, el mismo Chérest, á pesar de los elementos que da para probar su existencia, no cree en él, á lo sumo consiente en ver un plan que no se siguió por falta de energía en el ministro, ¿pero no es esto confesar que el plan existió? Levantar al Tercer estado para sembrar recelos y desconfianzas en las dos órdenes primeras, era de buena política maquiavélica, dado que no entendía Brienne servirse del Tercer estado de buena fe, y claro está que para estas empresas se necesita tanto genio como energía. El arzobispo, en cambio, no era más que hombre de intención.

Para poner en marcha su plan envió á provincias hombres capaces de inflamar con su elocuencia todas las pasiones. «Escritores conocidos por su talento,